

▪ **CONSIDERACIONES SOBRE EL TRASFONDO
HISTORICO Y CONCIENCIA HISTORICA EN LA UTOPIA DE
TOMAS MORO**▪

Elba Liliana Cilveti

En el presente trabajo intentaremos establecer algunas posibles conexiones entre la *Utopía* y la situación histórica de la época.

Nos facilita, en nuestro esfuerzo de interpretación y en la búsqueda de las conexiones, el hecho de que Moro escribiera un libro de introducción con unas reflexiones sobre la sociedad de su tiempo en contraste con *Utopía*. Son los dos libros que comprende la *Utopía*.

La *Utopía* es una obra por excelencia de la edad moderna, fruto de un humanista. Por ello nos ha parecido interesante recorrer el itinerario personal del autor. Para realizar esta tarea también nos ha parecido oportuno recurrir a un estudio de la concreta situación histórica que le toca vivir al autor. Limitaciones propias del carácter del trabajo no nos permiten volcar estos estudios previos aquí, pero queremos señalar que han sido considerados y nos ha resultado útil para una mayor comprensión del tema y una más ajustada interpretación. Por otro lado damos por supuesto que tanto la ubicación en el marco histórico como algunos aspectos de la vida de Moro son de conocimiento por parte del lector. Así, nos introducimos directamente en el tema.

I. Gestación de *Utopía*

En primer lugar haremos algunas consideraciones generales sobre la *Utopía*

Utopía es la obra más importante de Tomás Moro. Redactada en latín, la publicó por primera vez en Londres en 1516. Luego Moro la envió a Erasmo corregida para una nueva edición, que aparecería en París en 1517. Esta presentaba todavía errores y, Erasmo la volvió a publicar en Basilea en 1518. Consta de dos partes o libros. La segunda de ellas fue escrita en el verano de 1515, cuando Moro se hallaba en los Países Bajos formando parte de una misión comercial. Después que Moro hubo escrito el segundo libro, que contiene la parte descriptiva de *Utopía*, intentó redondear sus pensamientos y escribió para ello un extenso diálogo que constituye el libro primero. Este no es más que una introducción al relato de las costumbres de los utopianos.

Moro pretendió describir un estado ideal, y empezó por darle el nombre de *Utopía*, palabra inventada por él y que procede del griego: u, negación, y topos, lugar, es decir, "ninguna parte" o "en algún lugar no existente" o "lugar irreal". Desde el título se advierte que se trata de una ficción. El hallazgo filológico de Moro fue considerado muy acertado, y pronto utopía, utopismo, utópico, utopista, se convirtieron en vocablos usuales.

No es difícil imaginarnos las circunstancias en que *Utopía* fue concebida. Los retrasos propios de toda negociación sirvieron al autor para tomar parte en reuniones de humanistas. De su estancia en los Países Bajos y de las conversaciones allí sostenidas nacería *Utopía*. Más tarde, en 1516, Moro añadiría, como dijimos, la primera parte de la obra.

En efecto, las prolijas demoras con que se arrastraban las negociaciones en Flandes en el verano de 1515 ofrecieron muchas oportunidades para charlas y discusiones en aquellas reuniones de estudiosos que tanto gustaron a Tomás Moro. En su obra no han de faltar ideas obtenidas de sus interlocutores, entre ellos de Erasmo, pues el humanista se añadió a estas reuniones durante un corto período y su aguda inteli-

gencia debió aumentar el aliciente de las disputas. Algunos de estos encuentros tuvieron lugar en el jardín de Peter Gilles, en Amberes. El grabado de Ambrosio Holbein, aunque idealizado, sugiere una escena placentera con los amigos sentados debajo de un árbol. Seguramente allí tratan los sucesos de la jornada, las perspectivas de guerra o de paz, sus propios estudios y los libros que leían.

Uno de los temas de más palpitante actualidad era el de la navegación. Deben haberse ocupado de la descripción de los viajes de Américo Vespucio. Muchas serían las charlas acerca de los nuevos países de ultramar y de las más curiosas informaciones de los marinos que volvían. Se hablaba de estos países recién descubiertos y de cuáles serían sus sistemas de gobierno, y entre éstos se conjeturaba acerca de cuál sería el mejor. Amberes era uno de los centros más adecuados para recoger noticias e informaciones de los navegantes que volvían del nuevo mundo. Moro, sin duda estimulado por estas circunstancias, concibió la idea de describir cómo sería un estado ideal, pero un estado al que no hubieran llegado los principios cristianos y que estuviera dominado por la razón natural. Ese estado no sería otro que *Utopia*.

El grupo de estudiosos traería inevitablemente a colación la *República* de Platón, y con toda probabilidad debatirían sobre cómo esta idea se podría haber mejorado, aun prescindiendo de la admisión de la fe cristiana. Lógicamente, *La ciudad de Dios*, de San Agustín, encontraría un puesto en estas controversias. Todo esto sirvió de estímulo a Moro en cuanto a sus ideas sobre el gobierno. Rechazaba la concepción platónica de un estado organizado en provecho de una aristocracia privilegiada. Exigía que todos los miembros de la comunidad se beneficiaran con una sociedad en la que la familia sería la unidad.

Entonces, en Flandes su pluma recogió la relación de esta comunidad imaginaria y, la sometió a la consideración de sus amigos.

Una vez definido el tema general de la obra, su redacción se prolongará un largo tiempo por medio de retoques sucesivos añadidos al filo de las reflexiones y de las lecturas.

La *Utopía* fue escrita en latín porque éste era el idioma común de los estudiosos europeos que constituían el público de Moro. Su nombre aparecía en la portada, ya que no existían razones que aconsejaran la ocultación del autor.

Las cartas que prologan el libro también son de interés. Era una costumbre hacer circular los manuscritos entre los amigos con cartas adjuntas de recomendación. En cierto aspecto se pueden considerar como una forma naciente de crítica, mucho antes de que esta función entrara a hacerse una parte del periodismo. La carta dedicatoria, o el prólogo firmado por un personaje distinguido, se pueden aceptar como reminiscencias de esta costumbre. La primera edición (Lovaina) de la *Utopía* contenía una carta de Peter Gilles a Busleiden, una con varios versos de Juan Paludanus (profesor en Lovaina) a Peter Gilles, otra de Busleiden a Tomás Moro y, finalmente, la de Moro a Peter Gilles. La segunda edición (París) añadía una extensa epístola de Budé a Lupset, y una segunda de Moro a Peter Gilles. La tercera (Basilea) incluía, a su vez, otra de Erasmo a Froben, el impresor. Estas cartas no eran de mera adulación; intentaban explicar los valores del libro en un plano de seria consideración. El mismo Moro ansiaba conocer la opinión de sus compañeros acerca de su primer paso en la fama europea como escritor.

En *Utopía* no encontramos carta dedicatoria a un protector. Económicamente, Moro se hallaba en mejor posición que Erasmo, quien, por ejemplo, tuvo que procurarse el mecenazgo del arzobispo Warham por medio de la dedicación de la edición del *Jerónimo*.

La *Utopía* es una obra breve. Tiene el corte de un cuento. La estructura misma toma mucho del teatro. Podríamos creernos ante un inmenso decorado que representa un paisaje. Los diversos planos, proscenio, salidas de los lados, telón de fondo, componen un conjunto extraño y mágico. El encuadre más amplio, el que abarca a todos los otros, nos muestra la isla completa. Después Amaurota, la capital, sus casas, sus jardines, sus habitantes. Los vemos cómo comienzan a vivir bajo nuestra mirada según sus costumbres. De cuando en cuando, como para hacer descansar

al espectador, se nos muestran escenas y personajes de la vieja Europa. Parecen discutir con los utopianos, se ríen con algunas de sus costumbres. Algunas veces Hitiodeo se esfuma, desaparece. Es como si fuera Moro quien hablara. Interviene, efectivamente: se coloca en el primer plano de la escena.

La claridad del plan de la *Utopía* contribuye también al placer de su lectura. La *Utopía*, naturalmente, sigue la ley de todas las obras maestras ricas en multiplicidad de aspectos bajo los cuales se las puede considerar. Los lectores aprecian ya un punto, ya otro. La obra lleva al lector a pensar. Capta la atención del espíritu por la fantasía y el pintoresquismo de la aventura que se cuenta y por la audacia de las críticas que dirige contra la sociedad de su época. Profunda y lógica a la vez, esta obra revela un genio en el arte más difícil: el del gobierno de los hombres.

La acertada interpretación de la *Utopía* presenta, pues, un problema serio, y hay que tomar algunas precauciones para resolverlo bien. La fuente más profunda de la *Utopía* está en el genio mismo de Tomás Moro. Las influencias que ha experimentado, sus lecturas, sus experiencias, sus preocupaciones; su vida de hombre de acción, su espíritu curioso que no cesa de registrar la historia o la geografía en la búsqueda de medios para mejorar la suerte de los hombres; por último, su temperamento literario que le tiene acostumbrado a expresar por medio de la pluma sus aspiraciones íntimas. Todo eso está en el origen de este pequeño libro.

Durante más de cuatro siglos *Utopía* ha ejercido su influencia sobre los conceptos humanos de la naturaleza de la sociedad y de su organización. El libro es tan fecundo en ideas, que sus lectores han sido llevados a conclusiones variadas. Se le ha considerado como un antecedente del socialismo, y en él han encontrado los marxistas, según creen, un apoyo del comunismo materialista. Otros han reconocido que *Utopía* les ha inspirado sus refuerzos dirigidos a una reforma social. Otros han rechazado el libro con intolerancia, y finalmente algunos sostienen que el título en sí ha venido a significar un ideal impracticable y fantástico.

Vemos cómo surge entonces la dificultad de decidir qué fue lo que Moro quiso se aceptara seriamente y qué fue lo que dio a entender como ironía o como agudeza. Al respecto el mismo Moro nos dice en la *Utopía* al final del segundo libro:

"Al terminar Rafael su relato, asaltáronme no pocas reflexiones acerca de lo absurdo que me habían parecido muchas costumbres y leyes de aquel pueblo, tales como su modo de guerrear, de considerar las cosas divinas, la religión y otras instituciones, y, sobre todo, lo que es fundamento de ésta, la vida y el sustento en común, sin ninguna intervención del dinero, cuya falta destruye de raíz la nobleza, la magnificencia, el esplendor y la majestad que, según la verdadera y pública opinión, son decoro y adorno de un Estado... Entre tanto, debo confesar que así como no me es posible asentir a todo lo dicho por un hombre ilustrado sobre toda ponderación y conocedor profundo del alma humana, tampoco negaré la existencia en la república Utópica de muchas cosas que más deseo que espero ver implantadas en nuestras ciudades".¹

Es importante distinguir en el libro la opinión y el objetivo que perseguía Moro de los dichos y observaciones de personajes ajenos a su parecer.

Entonces, para seguir en profundidad el estudio de la *Utopía* conviene hacer algunas consideraciones para llegar a comprender la obra de la manera como Moro y sus amigos quisieron.

La primera consideración es que *Utopía* es un diálogo y en consecuencia a veces es muy difícil discernir lo que Moro sostenía. La primera preparación de Moro se había basado, en parte, en el método medieval de la disputa. Su estudio de Platón y de Luciano consolidaron sus preferencias en cuanto a esta modalidad de texto, ya que el diálogo

¹ MORO, Tomás. *Utopía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956. p. 102.

es un intercambio de opiniones. Las vastas lecturas de Moro, la extensión de su conocimiento de los autores latinos, sus profundas meditaciones y su experiencia práctica en los negocios, aguzada por la conversación con algunos de los más sutiles pensadores de su tiempo, se habían volcado en la composición de *Utopía*.

Otra consideración que no hay que olvidar es que *Utopía* no es una nación cristiana, como ya hemos dicho. Las leyes, las instituciones y las costumbres descritas en la *Utopía* constituyen un nuevo mundo lavado de las lacras y corruptelas de nuestras sociedades. Moro se veía obligado a situarlo fuera del ámbito de las tierras conocidas: el reino utópico no es un mundo cristiano insertado en el proceso histórico de occidente, sino una nación pagana que se rige por la luz de la razón natural, puesto que no ha llegado hasta allí la predicación del Evangelio.

Se hace precisa una tercera observación. Para la estimación de *Utopía* se necesita una mente vivaz. Moro era un maestro de la ironía y de la sátira, y su sentido del humor casi nunca le abandonaba. El significado superficial tal vez no se corresponda con la totalidad de su pensamiento. Las opiniones que Moro refleja en su libro, en su estilo propio, son consecuentes con lo que conocemos de sus verdaderas creencias.

Por último queremos hacer otra observación. La aplicación, al interpretar *Utopía*, de los términos políticos modernos o de las palabras usadas por Moro pero en un sentido moderno, es antihistórica y engañosa. No se deben hacer afirmaciones que tengan muy poco que ver con las ideas de Moro. No hay que leer en el pasado conceptos formulados en época posterior. La simple transposición conceptual desde el presente al pasado, o de una época pasada a otra, puede conducir a errores de interpretación o a meras calificaciones ("ismos"), con el efecto simplificador y ocultante de los meros conceptos clasificatorios. En este caso, Moro "socialista", "comunista", "pacifista", etc.

La indagación histórica integral es un preguntar que parte del presente como horizonte suyo. No coincide con una transposición conceptual ni puede agotarse en ella de ningún modo. Del horizonte presente surgen preguntas

que conducen a 'dar' cierto sentido al pasado, al margen de cualquier búsqueda de precedentes o justificaciones para orientaciones prácticas o "ismos" contemporáneos.

Juzgar a Moro "precursor" del socialismo, por ejemplo, implica el riesgo de establecer una relación de exterioridad entre lo histórico, lo pasado conocido, y lo actual, de tal manera que 'aprendemos del pasado', 'aplicamos' el conocimiento del pasado para orientar nuestra conducta histórica presente.

Es del todo diverso pensar que determinadas circunstancias del mundo contemporáneo, como, por ejemplo, conflictos sociales, formas de vida generadas por la revolución industrial, la técnica, etc. sugieran preguntas que descubran en *Utopía* cuestiones y sentidos no advertidos antes, o destaquen en ella, subrayándolos, aspectos apenas advertidos antes en ella.

II. Algunos aspectos sobre el trasfondo histórico

Hemos dicho ya que el segundo libro de *Utopía* se escribió con anterioridad al primero. Allí Moro simula que, tras haberse separado en Brujas de los embajadores flamencos con quienes trataba el asunto que los había llevado a los Países Bajos, se traslada a Amberes, donde su amigo Gilles o Pedro Edigio le presenta un curioso personaje que resulta ser un navegante portugués llamado Rafael Hitlodeo. Se trata de un hombre ya de edad, prudente y experto en la navegación, versado en latín y en griego, y con una considerable dosis de sabiduría. Fue compañero de Américo Vespucio, con quien había realizado tres de sus cuatro viajes al continente descubierto. Solicitó quedarse allí entre los veinticuatro que Vespucio dejó en un fuerte. Se dedicó entonces a explorar por su cuenta, y descubrió muchos países.

Moro lleva a ambos amigos a su casa, donde charlan en animada conversación acerca de los males de la humanidad. El navegante narra sus aventuras y habla de los países visitados, entre los cuales se encuentra una isla muy singular por sus costumbres y sus formas de vida: *Utopía*. El narrador, Hitlodeo, se detiene largamente en la descripción de esta isla.

Moro, por boca de Hitlodeo, describe el estado imaginario de *Utopía*, que éste ha visitado. Es una pequeña isla, cuya capital se llama Amaurota ("entre brumas", "esfumada a la vista"), lugar oscuro, sin visión, con brumas. Probablemente es una alusión a Londres. La atraviesa el río Anhidro ("sin agua"), y su gobernante se llama Ademus ("sin pueblo"). Dos naciones vecinas de los utopianos son la de los nephelagettes ("avivadores de las nubes") y la de los zapoletes ("gente que se vende" o "mercenarios"). Se habla también de los anemolinos ("hijos del viento"), de Abrasa ("en donde no llueve"), de los buthrescos ("fanáticos"). De manera que, desde el título, desde las primeras líneas leídas, se trata de una ficción, según dijimos. Aquellos personajes y los lugares en donde el autor los hace vivir, todo irreal, le servirán, sin embargo, muy pronto para desgarrar velos. Nos describe hechos y deduce de ellos consecuencias que serán elocuentes protestas contra la tiranía y las extorsiones, contra el egoísmo de los que en su tiempo gobernaban los estados cristianos.

En el primer libro, Moro presenta un vasto cuadro de la vida política, económica y social de Inglaterra.

Hablamos más arriba del encuentro que tuvo Moro con Gilles e Hitlodeo. En sus charlas, sumamente interesantes, discuten muchos temas. En ellas salen a relucir otros países que ha visitado Hitlodeo, y sus leyes e instituciones. Hitlodeo ha visitado también otra isla, Inglaterra, donde ha observado las costumbres y la forma de gobierno. De ahí viene que algunos interpreten que el haber hecho de *Utopía* una isla es una alusión a Inglaterra, y por lo tanto *Utopía* representaría lo que Moro deseaba que fuera su propio país.

Así, la isla de *Utopía* es la contrapartida, la imagen opuesta de Inglaterra en aquellos momentos. Los dos libros que componen *Utopía* presentan dos facetas del carácter del autor: si por una parte Moro se muestra como un visionario, lleno de fantasía, de poderosa imaginación y notable humor, por otra es sumamente realista. Esto le induce a presentar un cuadro social de Inglaterra y a tratar muchos problemas contemporáneos, como el despotismo de los monarcas, los abusos y atrocidades de la nobleza, la ambición de poder y de dinero, la hipocresía, las intrigas internaciona-

les, la codicia, la carencia de visión cristiana en las cosas de la vida, la desocupación, las guerras, las injusticias, en suma, los grandes males que en su siglo azotan a la humanidad. Se lamenta de esa sociedad a la que se da el nombre de cristiana y en la que imperan el ocio y los favoritismos, donde el dinero lo puede todo, donde sólo se busca la comodidad y el placer. La cristiana Inglaterra está muy por debajo de *Utopía*, que a pesar de ser pagana da ejemplo de vida.

Es posible que en las sociedades imaginarias que llamamos utopías se dé un contraste con el mundo real de la época. De algún modo las utopías nacen para establecer diferencias, pero el hecho de que aparezcan dentro de una organización social, económica, política y cultural, suele condicionar su estructura. En algunos casos es esta influencia de época lo que provoca la aparición de la utopía, ya que el mundo futuro que presentan es simplemente una reacción contra el actual del autor.

No es de extrañar que *Utopía*, además de ser una crítica audaz y aguda de la época, sirviera a Moro de desahogo a sus preocupaciones, reales. En efecto, por boca de sus personajes expone planteos íntimos y, a través de ellos es fácil oír la voz del propio Moro.

Entonces, la temática de *Utopía* es muy rica y compleja, y su exposición profunda excede los límites de este trabajo. En este sentido, de todos los problemas y temas que, hemos anunciado, presenta *Utopía*, intentaremos exponer algunos de ellos.

A pesar de su humor y de la envergadura de su vuelo visionario, Moro es un hombre realista, con los pies bien plantados en la tierra y con un ideario político para proponer a la cristiandad. No hay página del libro en que no se desentrañe un problema vivo y contemporáneo. Por ejemplo, al examinar punto tan concreto como el de la exportación de lana inglesa en los Países Bajos, Moro se remonta al análisis de las condiciones sociales del campo. En la Inglaterra de los Tudor, los nobles, los señores y algunos abades, no contentos con las ganancias, lanzan sus rebaños a campo sembrado, asolando las tierras labrantías, movidos por el egoísmo de obtener pastos para el ganado. Y con esta coacción injusta obligan a los labriegos a abandonar la

comarca para convertirse en vagabundos y delincuentes. Comenta Moro con sarcasmo:

"Vuestras ovejas, ... que tan mansas eran y que solían alimentarse con tan poco, han comenzado ahora, según se cuenta, de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas".²

Un concededor del agro y de las implicaciones legales de la exportación de lana no podía quedarse callado ante tamaño atropellamiento. Por boca de Moro habla la justicia. Apoya las razones con la punta hiriente del humor. En las injusticias, el olvido de las virtudes cristianas, las guerras y la desocupación, están resumidos, según Moro, los grandes males del siglo.

Moro, al imaginar *Utopía*, es probable que no pudiera o no quisiera liberarse de la influencia del mundo Tudor. Que no quisiera es perfectamente comprensible pues la misión de *Utopía* era, en parte, atacar la injusticia social del momento. Chambers, en su ya clásico estudio sobre la personalidad del Canciller, nos dice que *Utopía* es, en parte, una protesta contra la nueva economía: los pastizales cercados de los grandes terratenientes, que rompían con las tradiciones y leyes de antaño, destruyendo la agricultura a campo abierto:

"... *Utopia* is, in part, a protest against the New Economics: the enclosures of the great landowners, breakind down old law and custom, destroying the old common-field agriculture".³

Aquí no ha sido precisa una labor de interpretación. Moro mismo se cuida de expresar su pensamiento con suficiente claridad. Señalamos ya el texto en el cual su autor nos llama a reparar en los corderos de antaño, tan mansos

2 Ibid., p. 17.

3 CHAMBERS, R. W. Thomas More. London, Penguin Books, 1963. p. 124.

y humildes, que se convirtieron en bestias voraces y tan feroces que devoran a los mismos hombres. Consumen y destruyen -nos decía Moro- campos enteros, casas y ciudades. Lo mismo ocurre en el caso de las críticas a la nobleza como clase social: señores que no sólo viven en la ociosidad, sino que llevan consigo una comitiva de sirvientes, haraganes y dados al pillaje, que jamás se ocuparon de aprender un oficio con que ganarse la vida:

"Grande es el número de los nobles que, ociosos, como zánganos, no sólo viven del trabajo de los demás, sino que los esquilman como a colonos de sus fincas y los desuellan hasta la carne viva para aumentar sus rentas. Esta es la única economía que conocen esos hombres que, derrochadores, por otra parte, hasta la ruina, viven rodeados de una inmensa caterva de haraganes que jamás aprendieron medio alguno de ganarse el sustento y que así que se les muere el amo o se enferman, véanse corridos pues los señores prefieren alimentar a los vagos que a los enfermos".⁴

Moro no trata de ocultar que su intención es atacar hechos y situaciones de la Inglaterra de los Tudor. Esto es claramente perceptible en el libro I de *Utopía*. Pero pasemos a lo imaginativo, y tomemos un caso como ejemplo: la ciudad de Amauroto, capital de Utopía. Aquí Moro no ha podido sustraerse a la influencia del mundo que le rodeaba. Así, sitúa su *Utopía* en una isla; con ello el género utópico adquiere uno de sus símbolos. No es improbable que la elección de la isla tenga su origen en la conformación geográfica de Inglaterra. Aunque la isla representa lo inaccesible de *Utopía*, podemos pensar que este símbolo utópico tiene su origen en la isla inglesa. Podemos también interpretar que, en el momento de aparición de la obra de Moro, el mundo renacentista está propicio a creer en estas "localizaciones geográficas". No olvidemos que Hitlodeo se presenta como marinero a las órdenes de Américo Vesputio. Es posible

⁴ MORO, Tomás. Op. Cit.. p. 15.

entonces que Moro al hacer isla su idea, estaba conformando su imaginación a la mentalidad del siglo marino por excelencia. En lo referente a la capital de Utopía, el trasfondo real es más evidente. La descripción de la capital de Utopía es semejante a una descripción de Londres, y, quizás sean más las semejanzas con las ciudades inglesas en general. Por ejemplo, a principios del siglo XVI se obliga a los carniceros de York a que construyan un espigón de madera sobre el río, para arrojar desde allí las partes no aprovechables de la carne; era el único punto donde podía efectuarse esta labor de desecho. Tal costumbre fue extendiéndose gradualmente por Inglaterra. En Amauroto hay unos mercados para la venta de carnes donde se llevan toda clase de animales. Pero primero les sacan las entrañas y los limpian en la corriente del río, en lugares especiales para este menester que están fuera de la ciudad:

"Junto a dichos mercados hay otros de comestibles donde se concretan no sólo legumbres y frutas sino pescados y toda clase de animales y aves. Existen en las afueras de la ciudad lugares apropiados para lavar con agua corriente la sangre corrompida y los desperdicios; desde allí se traen a la ciudad las reses ya muertas y limpias por manos de esclavos, pues no consienten que los ciudadanos despedacen a los animales, por estimar que con ello se van perdiendo la clemencia y humanidad naturales, ni toleran que se lleve a la ciudad nada que por sórdido o inmundo pueda acarrear alguna enfermedad".⁵

En los últimos párrafos vemos el terror inglés a la peste, origen de leyes inhumanas, como la prohibición a los leprosos de entrar en las ciudades; se creía que su aliento podía envenenar el aire, esparciéndose así la enfermedad. A principios del siglo XVI estas ideas estaban en la mente de los ingleses.

Moro nos habla de la competencia existente entre los habitantes de Amauroto por rodear sus casas de bellos jardines, que atienden con cuidado exquisito:

5 Ibid.. p. 51.

"Tienen estos huertos en gran estima y cultivan en ellos viñas, frutales, hortalizas y flores tan hermosas y cuidadas, que nunca he visto nada tan exuberante ni de tan buen gusto. No es sólo el placer que proporcionan lo que fomenta esta afición, sino los certámenes que celebran entre los barrios para premiar los jardines mejor cultivados".⁶

En el fondo de esta competencia se encuentra el gusto de la nobleza Tudor por la jardinería; son típicos los jardines de la época, con sus parterres y senderos, juegos de agua en las fuentes y laberintos.

Las casas de Amauroto se construyen de modo muy similar a las inglesas de entonces; como en éstas, la piedra, el ladrillo y la madera forman la estructura básica:

"...todas ellas con sus tres pisos, sus paredes de piedra viva, cemento o ladrillo por fuera y reforzado con madera por dentro".⁷

Los habitantes de Amauroto no sienten el menor interés por el lujo, de ahí que sus casas sean modelo de sobriedad y sencillez. Esta sobriedad es posible que sea una crítica implícita de la riqueza, muy criticada en la época, de casas en las que incluso el alero de la fachada podía considerarse una obra de arte por el tallado, costoso y complicado. El único lujo que se permiten los ciudadanos de Amauroto es el empleo de cristal en las ventanas, pero aun así Moro tiene buen cuidado de hacernos saber que la función primordial de este cristal es resguardar la casa del frío, atacando de esta forma el abuso de la nobleza Tudor en el empleo de cristal policromado, costosísimo, por motivos puramente ornamentales:

"Los techos son planos y recubiertos con una especie de mortero de muy poco costo, pero de tal

6 Ibid., p. 43.

7 Ibid., p. 44.

naturaleza que es incombustible y más resistente que el plomo a las inclemencias del tiempo. Impiden con vidrios, cuyo uso es entre ellos frequentísimo, que el viento entre por las ventanas y a veces se sirven también de unos lienzos finos impregnados en ámbar o en aceite muy transparente, con la doble ventaja de recibir más luz y dejar pasar menos viento".⁸

En nuestra búsqueda de la base real de *Utopía*, encontramos una figura de singular importancia en la cual se nos manifiesta la influencia de época que estamos tratando: el monarca, o, si se prefiere, el príncipe renacentista como lo denomina Moro. Chambers escribe que *Utopía* es, en parte, una protesta contra el nuevo gobierno, contra la idea del príncipe absolutista a quien todo se le consiente:

"*Utopía* is, in part, a protest against the new states-manship: against the new idea of the autocratic prince to whom every-thing is allowed".⁹

Esta figura real del libro I tiene justificada su existencia, ya que sirve al propósito de Moro en cuanto encarnación de lo que puede tener de negativo esta autoridad máxima cuando su poder no está controlado por el estado. Es decir, este príncipe, en cuanto institución, responde a la idea de utilización de unas realidades sociales como objeto de crítica, lo cual, por contraste o como reacción, nos daría la situación social perfecta u utópica. Moro es consciente del peligro que representa un príncipe todopoderoso, de cuya voluntad sea preciso depender, porque del príncipe, piensa, fluye, como un manantial inagotable, sobre el pueblo todo lo bueno y todo lo malo:

"... bien sabes que del príncipe brotan todos los bienes y desgracias de un pueblo, como, por así decirlo, de un perenne manantial".¹⁰

8 Ibid., p. 44.

9 CHAMBERS, R. W., Op. Cit., p. 124.

10 MORO, Tomás, Op. Cit., p. 12.

No podemos saber si Moro puso algún otro significado en esta frase de presentar a este príncipe "semidios", origen de todo bien y todo mal. Una respuesta puede ser ver en ella la identificación con un hecho real, del mundo de Moro, quien pudo haberse dejado influir por la figura de un príncipe por excelencia, es decir, con los atributos que le predica: Enrique VIII. Este monarca es, en efecto, de todos los príncipes que Moro pudiera tener presente, el que más se identifica con la idea del gobernante absoluto.

Por otra parte, intentamos hacer otra consideración al respecto. La frase puede ser toda una teoría del despotismo monárquico. En un momento en que resucita el principio parlamentario, en que los Comunes se reúnen con una frecuencia que tardará siglo y medio en volver a darse, Moro admite la gestión personal del príncipe; aunque nos aclara que, del uso indebido que puede hacerse del poder, se sigue la necesidad de rodear al príncipe de consejeros adecuados. Único modo de utilizar la autoridad de aquél en provecho del pueblo, inspirándole opiniones honestas y persuadiéndolo a la virtud:

"-Es evidente, dije entonces, que tú, amigo Rafael, no eres codicioso de riquezas ni de poderío, y no menos venero y respeto a un hombre de tus intenciones que al mejor entre los poderosos. Por lo demás, harías una cosa digna en todo de ti y de ese tu espíritu tan generoso y verdaderamente filosófico, si te decidieras, aun a costa de algún sacrificio personal, a consagrar tu talento y actividad a los negocios públicos, lo que de ningún modo podrías hacer con más fruto que siendo consejero de algún gran príncipe e inspirándole, como no dudo que lo harías, lo justo y honesto, ...".¹¹

Las palabras de Moro, sobre la necesidad de esta gestión cerca del príncipe, se conecta inmediatamente con otras que continúan el pensamiento; éstas nos vuelven a hacer reflexionar con los acontecimientos y la problemática

¹¹ Ibid., p. 12.

de la época. Así, nos dice que la mayoría de los príncipes encuentran mayor agrado en hazañas de caballería y en las artes bélicas que en las nobles hazañas de la paz, y consumen mucho más tiempo estudiando cómo aumentar sus dominios, con razón o por la fuerza, del que dedican a pensar en el gobierno de los que ya tienen:

"... los príncipes mismos se ocupan con más gusto de los asuntos militares... que de las artes de la buena paz; y más se preocupan de discurrir procedimientos para conquistar, lícita o ilícitamente, nuevos reinos, que de administrar bien los que poseen".¹²

Podríamos interpretar en este texto una crítica a las guerras de Francia que, a fines del reinado de Enrique VII provocaron, entre otros males, la devaluación de la moneda hecha por el monarca para cancelar las deudas de la Corona.

Entonces, *Utopía* expresa en realidad el disgusto de su autor hacia la situación imperante en su época. Así, por ejemplo, el crimen se está difundiendo de modo alarmante, y encuentra un salvajismo correspondiente en el derecho penal, pero la severidad no sirve de nada porque el delito es el único medio de vida que le queda a un gran número de personas:

"... esa pena, excesivamente severa y ajena a las costumbres públicas, es demasiado cruel para castigar los robos, pero no suficiente para reprimirlos, pues ni un simple hurto es tan gran crimen que deba pagarse con la vida ni existe castigo bastante eficaz para apartar del latrocinio a los que no tienen otro medio de procurarse el sustento... Decrétese contra el que roba graves y horrendos suplicios, cuando será mucho mejor proporcionar a cada cual medios de vida y que nadie se viese en la cruel necesidad, primero, de robar, y luego, en consecuencia, de perecer... venden a ínfimo precio su pobre ajuar

12 Ibid., p. 12.

cuando encuentran quien se los compre, ... y luego que lo han consumido en su peregrinar ¿qué otro recurso les queda que el de robar y, por consiguiente, el de que se les ahorque en justicia, o el de vagar mendigando a riesgo de ir a la cárcel por deambular ociosos, porque nadie les dio trabajo, aunque ellos se ofrecieran con la mejor voluntad? En las faenas agrícolas a que estaban acostumbrados nada tienen que hacer puesto que nada se siembra ... ¿qué otra cosa es sino crear ladrones para luego castigarlos?"¹³

Hombres reclutados para el servicio de las armas son arrojados, una vez pasada la guerra, sobre la comunidad, sin posibilidad de que la industria los absorba:

"... los que regresan mutilados al hogar, de las guerras extranjeras o civiles ... gentes que dieron sus miembros por el Estado o por el rey y a quienes la mutilación no les permite practicar sus antiguos oficios ni la edad de aprender otros nuevos ... toda esa gente padecería de hambre, sin duda, si no se dedicase de inmediato al robo. Y ¿qué otra cosa podría hacer?"¹⁴

Ya señalamos cómo se convirtió la tierra labrantía en pastos para criar ovejas y así obtener lana. Mientras los campesinos errantes roban para vivir y no morir de hambre, los nobles muestran un boato excesivo en el vestir y no menos en el comer:

"En aquellas regiones del reino donde se produce una lana más fina y, por consiguiente, de más precio, los nobles y señores ... no dejan nada para el cultivo, y todo lo acotan para pastos; derriban las casas, destruyen los pueblos ... esos excelentes varones convierten en desierto cuanto hay habitado y cultivado por dondequiera ... Añádase a esa miserable pobreza

13 Ibid.. p. 14 y s.

14 Ibid.. p. 15

e inopia un insolente lujo; ... muestran un boato excesivo en el vestir y no menos en el comer".¹⁵

El gobierno, en vez de atacar esos males sociales, se ocupa de cobrar impuestos mediante argucias leguleyas, y de hacer peligrosos los planes de guerra y conquista.

También la crítica de Moro se dirige hacia una sociedad adquisitiva en la que resultaba de buena moral comprar reses flacas y baratas en otros lugares y revenderlas a precio alto:

"Estos ricos hacen tanto caso de las crías bovinas como de las ovejas, limitándose a comprar reses flacas y baratas en otros lugares y a revenderlas a precio alto después que las han engordado con sus pastos".¹⁶

Acerca de estas ironías mordaces de Moro, Sabine interpreta que el ataque a esta economía representa una nostalgia del pasado, vale decir, el ideal, ya casi imposible, de una comunidad cooperativa, que había sido desplazado por la nueva economía. Acaso Inglaterra podría haberse organizado en una unidad económica, con una finalidad moral, para lograr buenos ciudadanos y hombres libres; para eliminar la ociosidad y satisfacer las necesidades de la vida sin excesivo trabajo, con dignidad; para abolir el lujo y el derroche, disminuir la miseria y moderar la riqueza.¹⁷

En efecto, la situación concreta de la época pesa enormemente en la *Utopía* de Moro. En sus páginas vibra un deseo real, que deja en segundo término toda idea puramente especulativa de remediar males concretos, los males económicos y sociales de la Inglaterra de su tiempo. Pero también su agudo y profundo análisis está dirigido hacia

15 Ibid., p. 17 y s.

16 Ibid., p. 18

17 SABINE, George H. Historia de la teoría política. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 323.

la situación de miseria material y moral de toda Europa.

En el contenido mismo de la *Utopía*, la afabulación desempeña un papel muy inferior a lo que se podría esperar. Normas prácticas, inspiradas en un auténtico realismo político y económico, y fundadas en una moral, constituyen las bases concretas de esta primera *Utopía* moderna penetrada de ideas humanistas. Además de ser una *Utopía* basada en una filosofía política realista, existe un nexo entre ella y la concepción reinante en la época en que se produce. Ella nace con la aurora de la filosofía moderna. Nace en medio de la euforia racionalista.¹⁸

Así, hemos ido tratando de exponer algunos hechos que parecen confirmar la deuda de Moro a su época en lo que *Utopía* tiene de real.

En efecto, Moro estaba preocupado entonces por un problema: ¿cómo se pueden alcanzar la justicia y el bien común en la sociedad humana? Este era también el problema de la *República* de Platón. Con un gran fervor Moro se enfrenta con la cuestión. Al respecto, su obra ofrece muchas pruebas de sagacidad y clarividencia. Su ironía, su humor le sirven para apoyar sus razones. La *Utopía* ha sido en este sentido motivo de inspiración a muchas personas, las cuales, rechazan algunas de las soluciones propuestas. Este aspecto se nota con mayor facilidad si tenemos en cuenta la diferencia existente entre los dos libros de *Utopía*. Si tan sólo se hubiera publicado el segundo libro -la descripción de la isla y de su gobierno-, habría constituido quizás, para algunos, una curiosidad literaria. Aunque ya con este texto una mente aguda y perspicaz puede percatarse. Pero el libro primero es tan enérgico en sus críticas de la sociedad Tudor que lleva al lector a la consideración paralela de lo que Moro ofrece en el segundo. Como los problemas planteados son, de modo diverso, universales, estimulan los pensamientos del lector en cuanto a la comunidad en que vive.

Podemos decir que la relación entre pensamiento

18 USCATECU, George. Utopía y plenitud histórica. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1963. p. 88 y s.

utópico y conciencia histórica se presenta para más amplio estudio. A primera vista, pensamiento "utópico" parece equivaler a pensamiento desconectado o en fuga de la situación histórica correspondiente, unido tal vez a una actitud de rechazo. En nuestro modesto intento hemos encontrado algo diferente. Moro tiene conciencia de su situación histórica, como lo prueban las relaciones establecidas. La obra no es, entonces, refugio o escape de quien no quiere mirar a su alrededor. No podemos conocer bien las intenciones de Moro al escribirla; por ello, consideremos la obra misma. Tenía que ser un llamado, sacudir la conciencia de los contemporáneos y de generaciones futuras para que vieran la situación histórica con ojos críticos. En este sentido, el pensar utópico se presenta unido a una clara conciencia de la situación histórica.